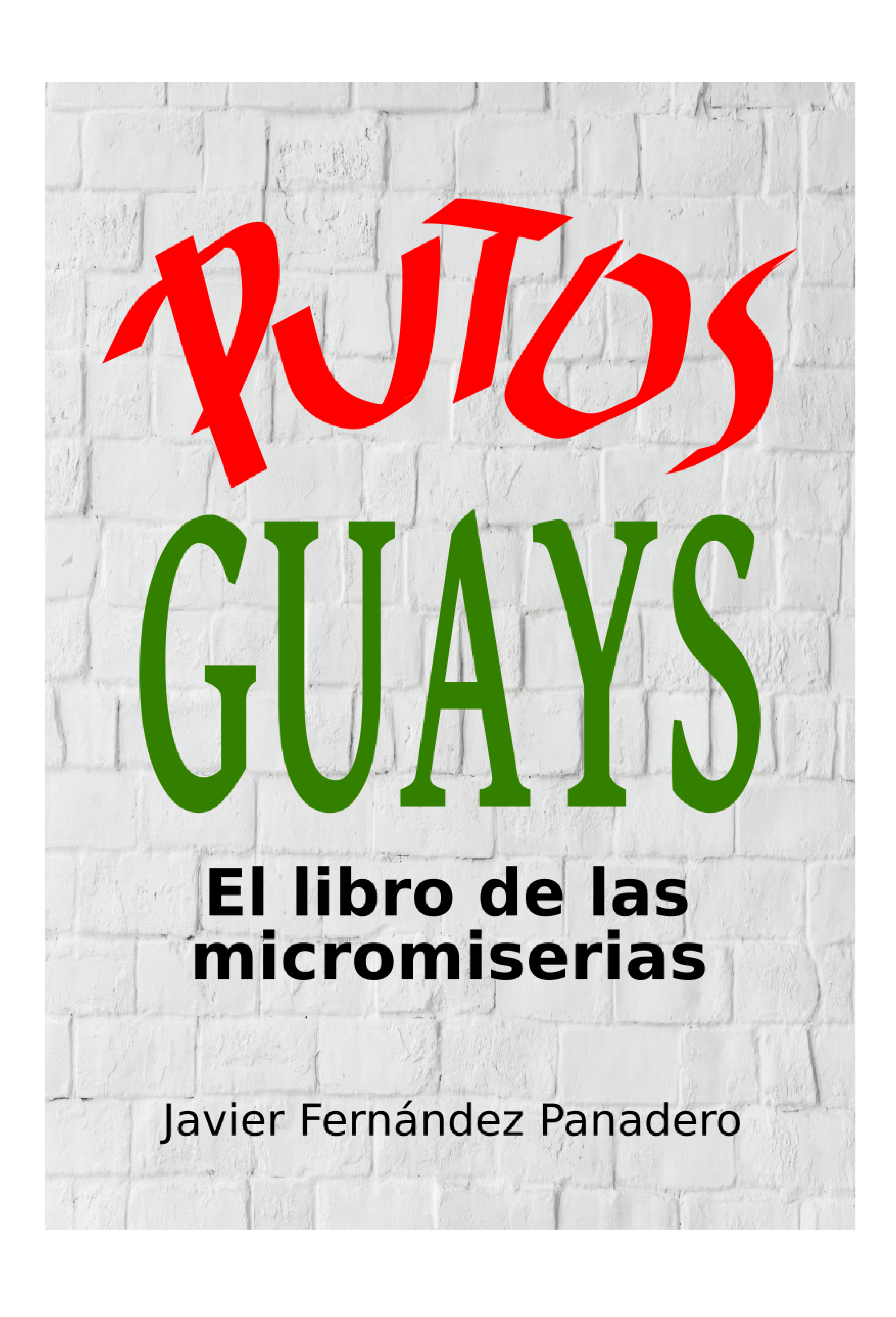

PUTOS
GUAYS
El libro de las micromiserias
Javier Fernández Panadero

Febrero 2019

Contenido, edición y Portada:

Javier Fernández Panadero

Imagen de fondo:

https://www.pexels.com/photo/white-brick-wall-1092364/

PUTOS GUAYS. El libro de las micromiserias

Introducción

Los guays nos rodean por todas partes. Viven en tu ciudad, trabajan contigo... quizá alguno se oculte en tu propia casa. Solo conociéndolos puedes estar prevenido.

Estas son sus características principales:

1. *Siempre hacen lo mejor... o quizá las cosas son buenas porque las hacen ellos.*

Lo suyo siempre es guay, aunque cambien de opinión, aunque ahora digan lo contrario de lo que decían ayer. Nada rompe la *continuidad guay*: Tenían razón, cambiaron de parecer justo en el momento adecuado, y ahora siguen teniendo razón.

2. *No se arrepienten de nada... aprenden de sus experiencias.*

No me molesta quien cambia y aprende (imagínate, soy profesor). Lo curioso es la gente que no reconoce que se equivocó y que hizo daño, y a los que hay que comprender siempre porque tenían razones estupendas para hacer lo que hicieron.

Por supuesto, pedir perdón a los afectados o compensar los daños son cosas que no se plantea un guay que sea merecedor de tal nombre.

3. *El mundo existe para su disfrute*

Se mueven por la vida como si el mundo fuera suyo, como si tuvieran derecho a cualquier cosa. Toman lo que quieren y tiran lo que no, sin reparar en que alrededor hay unos miles de millones de personas que somos *los demás*. Bueno, si queremos ser justos, sí han reparado en nosotros: estamos para servirles si nos necesitan y no molestarlos con nuestras cosillas el resto del tiempo.

4. *Racionalizan los comportamientos a posteriori.*

No suelen pronunciarse cuando hay que tomar una decisión o cuando se intenta anticipar por dónde irán los tiros en una situación dada. Eso sí, en cuanto se produzca el hecho y se vean las consecuencias, argumentarán millones de razones por las que aquello solo podía suceder de esa manera y justo en ese momento.

5. *Son así.*

Es un misterio en qué lugar se obtiene el carnet de “Ser así”, pero si tienes la oportunidad, querido lector, consigue uno, son fantásticos.

Básicamente te faculta para comportarte como te parezca y que el resto del universo tenga que adaptarse a ti. Se renueva cada año.

“¿Mandarle ese trabajo a Pepito? No, ya sabes como es. Lo haría mal. Se lo encasquetas al idiota de Juanito que es un *comemarrones* de libro y listo.”

"¿Que Pepito te ha dado un berrido? Él es así, ya sabes, luego se le pasa." A ti igual te dura el mal rollo un mes, pero eso no le importa a nadie.

En todas estas cosas (y alguna más) reconoceréis a los guays de vuestro entorno, que quizá sean tan numerosos como en el mío.

Si os fijáis, no es que maten a nadie o desencadenen catástrofes, son sólo miserias. En realidad, **micromiserias**. Cosas que no tienen mayor trascendencia pero que molestan, sobre todo por el desprecio implícito hacia tu tiempo, tus necesidades… hacia ti.

Veamos cómo son estos guays en algunas situaciones cotidianas y los tipos de guays más comunes.

> **DISCLAIMER:** Cualquier parecido de estos guays con algún lector que me conozca deberá ser considerado como pura coincidencia... para la paz de todos.

Los guays en la cocina

Uno de los mejores ejemplos de guays son esas personas que no cocinan nunca... salvo aquella paella que hacen en fiestas señaladas. Muy común entre ellos es dejar la cocina hecha una *demo* del Apocalipsis mientras huyen como comadrejas. Se las dan de grandes *chefs*, pero quienes ganan la batalla del día a día suelen ser otros, aunque no suban sus fotos a las redes.

Quizá la mejora de las condiciones de vida (de algunos) haya favorecido la aparición de un buen número de guays alrededor de la comida.

Suelen ser muy puristas, pero claro, sólo en *lo suyo*, lo demás no importa que esté manga por hombro.

Pueden zamparse las cosas menos saludables, de dudoso origen o de discutible manipulación, pero su gin tonic DEBE contener un número y tipo muy particular de hierbas y semillas.

Si sólo aplicasen esto a su vida no habría mayor problema, pero estos puristas desprecian (y nos lo hacen saber) a aquellos que tomamos la sopa en un plato redondo, consumimos sal que no viene de lejanas tierras o carecemos del último robot, sin el cual parece ser imposible hacer un gazpacho *como dios manda*.

Todo esto por no hablar de los que, huyendo las lentejas de su madre, descendieron a los infiernos de la *fast food,* subieron a los cielos de la cocina hiper-mega-moderna-científica, y aterrizaron, finalmente, en un plato de lentejas, que resultaron ser... las de su madre. Seguro que les recordáis vendiendo cada novedad como la “única” en cada una de sus epifanías.

A estos guays no les pedimos más que al resto de puristas: Que nos dejéis en paz. Estamos en un nivel intermedio de su campo particular porque, sinceramente, no nos importa demasiado.

Mira, querido guay, ¿qué sentido tiene que te preocupe tremendamente, por ejemplo, el tipo de leche que le pones al café y nada en absoluto el arroz que comes?

Espera, tiene MUCHO sentido. Una cosa es lo que a TI te importa y otra lo que a TI no te importa, y estás en todo tu derecho de elegirlas. El problema es que lo eleves a categoría de universal: Lo que me importa es LO importante.

A muchos nos puede apetecer comernos un bocadillo de calamares en un banco del parque, un día, y una espuma de *guachiflús* con aroma de *chusquimusquis*, otro… y rematar luego con el bocadillo, si nos quedamos con hambre.

Los padres guays

¿Quién no adora a los padres guays? Tan perfectos que, no sólo hacen todo bien, sino que se animan a darte lecciones sobre lo que tendrías que hacer (o dejar de hacer) tú. ¿Quién no los adora?

Suelen apuntar maneras incluso antes de tener hijos. Son esos que miran con condescendencia tu comportamiento con los tuyos y establecen una relación de causa-efecto DIRECTA Y EXCLUSIVA entre lo que haces como padre y cómo son tus hijos.

Como seguramente sepáis si tenéis *peques*, o si habéis pasado por el mundo prestando atención, los niños ya nacen con cierta “personalidad”, con algo “propio”.

Soy profesor, insisto, y creo firmemente en que todos podemos aprender y modificar conductas, pero la educación no es algo tan simple como “hago esto y pasa aquello”. ¿Conocéis alguna disciplina que lo sea?

Por supuesto, querido guay, no niego que eso que dices te haya funcionado a ti, a tu amigo, a tu suegro o a quien sea, pero resulta que no funciona con este hijo que tengo.

En el otro extremo de la escala también viven guays. Esos que afirman que no se puede decir absolutamente nada sobre la educación de los hijos. ¿Nada de nada? ¿Ni una idea general? ¿Nada?

“¿Quién es nadie para decirme a mí cómo criar a mi hijo?”

“¿Quién?” -preguntas. Pues, no sé. Podríamos hablar de maestros, psicólogos, pedagogos, educadores en general, otros padres. ¿Es que crees que en toda la historia de la humanidad no hemos aprendido una maldita cosa sobre qué puede convenir o ser perjudicial para criar a nuestros hijos? ¿Nada que no vayas a descubrir tú sobre la marcha con tu primer churumbel o que se aparezca en tu mente simplemente en el momento de la concepción?

Dejo a tu criterio ti mirar por ahí y ver a quién te crees y a quién no, qué cosas te funcionan y cuáles no, pero me voy a permitir una idea en la que convenimos la mayoría de profesionales de la educación: Justicia con amor. Me refiero a que ir responsabilizando a los muchachos de las consecuencias de sus actos no es quererles menos, ni lo contrario quererles más.

Pero sigamos con ejemplos de conductas de padres guays.

Tú estás con tus hijos en un sitio público, un poco mirándoles, cuidando de que no molesten mucho, que no se vayan muy lejos, lo normal. Y, de repente, te pones a contar cabezas y resulta que hay dos más. Anda, ¿y esto? “Pues esto se llama José Luis y lo otro Matilde.” Ah, fenomenal. Miras el horizonte como un halcón y detectas a una

pareja con carro, pero sin *relleno*, que charla amigablemente sin ni siquiera mirar en tu dirección. Efectivamente: alarma de padres guay. Ellos que entienden que contigo sus hijos estarán bien cuidados y aprovecha para relajarse. Y ahí estás tú, cangureando a dos más que no son tuyos con una cara de idiota tremenda y quizá pensando en que puede ser cierto que estén mejor contigo, pero es que no son tuyos, ni te han preguntado, ni por supuesto te lo agradecerán/se disculparán luego. Llamarán a los niños a distancia cuando se vayan a ir, sin molestarse en cruzar una palabra contigo.

¿Qué hacer con estos? No sé, a mí lo que me pide el cuerpo es decir "Veo tus niños, y subo tres niños más." y mandárselos a su mesa con tambores y trompetas, pero no siempre debemos hacer caso a lo que nos apetece, dice mi psiquiatra.

Tener un hijo es la pera, lo sabemos, pero aunque sea imposible entender exactamente cómo es criar al tuyo, podemos hacernos una idea aproximada. Lo llamamos, comunicación. Si te pones guay y dices que no puedo saberlo, te diré que tú no puedes saber cómo son el resto de paternidades, ni cómo se siente nadie en ninguna situación que no seas tú mismo en lo ya vivido. Así que supongamos que somos capaces de algún tipo de comunicación, empatía y representación mental, o se acaba la conversación.

Bueno, pues eso, que tener un hijo es la pera: Tú ya no eres lo más importante de tu vida, es un sumidero de tiempo y energía, acapara todo lo accesible y si aparece algo más, también. No es nuevo, lleva ocurriendo millones de años.

Pero, queridos padres guays, entendiendo vuestro estrés, vuestra nueva vida, ¿qué pensáis que viven otros padres? ¿Sois incluso de los creéis que "los no-padres", o peor aún, los solteros (!), andan todo el día manipulándose los bajos y que no tienen ningún tipo de obligación onerosa o responsabilidad? ¿Na' de na'? ¿Esa fue vuestra vida hasta que paristeis? ¿Sentados en un sofá con la cabeza ladeada, sin responder a estímulos externos y con un ligero babeo en la comisura de los labios? Un saludo especial a los padres que aconsejan a los solteros llevar una vida disipada "ahora que puedes" cuando nunca la llevaron porque nunca les apeteció llevarla y no lo harían ahora tampoco, aunque pudieran.

Quiero decir, queridos padres guays, seamos comprensivos mutuamente, consideremos vuestros problemas y los problemas de los demás padres y no padres.

Los padres guays más recalcitrantes mantendrán su condición aunque sus retoños crezcan. Ahí tienes a esos que se convierten en los "amigos" de sus hijos.

Como dicen por ahí, si fueras el amigo de tu hijo, en lugar de su padre, lo dejarías huérfano.

Si lo que quieres decir con "amigo" es que tienes una buena relación con él, eso es otra cosa, pero creo que lo estás expresando mal. Un amigo es un igual, y ni los padres ni los

profesores podemos ser amigos de los chavales, porque están a nuestro cargo y tenemos la responsabilidad de educarlos y cuidarlos.

Podría ser que con los años, cuando tu hijo estuviera crecidito, tuvierais una relación adulta, de igual a igual, pero probablemente volvería a ser engañoso llamarla de “amigos”. Seguís siendo padres e hijos.

Igual es que soy un *carca*, pero no me acaba de *molar* la figura de los padres de farra con los hijos y sus amigotes, podría parecer que hay quien intenta vivir una juventud que hace ya mucho que no está con ellos. Suena más a crisis de madurez, que a relación sana entre padres e hijos.

Otra forma en la que se puede ser un padre guay es con tus propios hijos, y la manera más frecuente, *vendiendo motos.*

“Ya lo entenderás”, “Cuando era joven yo no hacía… o sí que hacía…”, “Hacer esta cosa te acabará gustando”, “Esto, al final, será mejor para ti”.

Buf, qué montón de trolas, queridos padres guays. No os imagináis lo poco que se las creen, y lo mucho que socavan vuestra palabra para afirmaciones futuras. Yo diría que seguir el principio: “Haz lo que dices, di lo que harás”, lo que llamo el “Pacífico lenguaje de los hechos”, es más eficiente porque, como sabemos, nuestros actos tienen mucho más impacto que nuestras palabras, sobre todo en nuestros hijos que nos someten a un escrutinio feroz a cada instante.

¿Qué hay de malo en decir: “El mundo no siempre es justo”, “Los adultos se equivocan”, “Esto DEBE hacerse, aunque no te gustará”, “Esto será peor para ti, pero es mejor para la familia/el grupo y, a veces, hay que ceder”, “Espera un momento” y cualquier otra cosa que represente mejor cómo es el mundo, enseñe a aceptar que te equivocarás, a gestionar la frustración y la importancia de “Lo común”? En mi opinión hay un amplio margen para moverse entre el individualismo despótico y la desaparición del individuo en la masa.

Los hijos guays

Los niños, esos seres de luz... Aunque solo los ven de esa manera los que ya no se acuerdan como fueron ellos de niños o no tratan con niños.

El mundo de los niños es una puta jungla. ¿No os acordáis? Los niños se insultan, se ríen unos de otros, se pegan y se acosan, a veces terriblemente. ¿Y en su relación con los mayores? Tienen que seguir mil órdenes: qué hacer, qué comer, dónde ir, y no siempre lo decimos amorosamente. ¿Es vuestra vida adulta así de dura? Un niño no puede hacer lo que desea, ni siquiera usando solo sus recursos, vaya no puede quedarse toda la tarde jugando con su oso, porque dicen que hay que estudiar. Añade a

esto los cambios físicos, el desarrollo del cerebro (que está a medias) y un millón de etcéteras. Ser niño no es nada fácil.

Pero, ay, son humanos. Y, donde hay humanos, habrá guays.

Los muchachos observan con microscopio, sobre todo a padres y maestros. Conocen sus puntos fuertes y débiles. Obtienen ventaja en situaciones en las que te saben más vulnerable o pueden decirte aquello que más te duele, no siempre inconscientemente. Quizá no lo creáis si no les habéis oído decir que saben que tienen que llorar o montar una pataleta para recibir atención. Sacan provecho también de la falta de energía y tiempo de padres sobrepasados por las obligaciones, por ejemplo, con la técnica de "la taladradora", repitiendo incansablemente una petición.

Aunque son pequeños y muchas veces son ellos mismos las primeras víctimas de los vaivenes de sus cerebros en desarrollo, con los años van aprendiendo a controlar y, a veces, a UTILIZAR, estas cosas. En mi opinión, hay que ponerse en guardia cuando lo verbalizan y asumen como inevitable y, sobre todo, cuando te lo quieren hacer asumir a ti: "Es que yo, soy ASÍ." Bueno, pues el mundo, es ASAO'.

En el caso de adolescentes, se ve más claro, ya son "personitas" con mucha más cabeza de la que les queremos reconocer o ellos mismos desean que se les reconozca. De hecho, se debaten constantemente entre "déjame gestionar mis cosas" y "házmelo tú" y recurren con frecuencia a "evítame las consecuencias de aquello".

La educación es un asunto extremadamente complicado y muy variable en cada caso. Pero no podemos dejar de repetir que, para aprender, necesitas asumir el coste de las consecuencias de tus acciones, intentando siempre que sea de una manera proporcional al hecho, que puedas superarlo y que no se ponga en cuestión el amor o el respeto que te tienen tus mayores, pero si no asumes un coste es difícil que haya una variación en la conducta. Y aquí es uno de los aspectos donde los chavales puede que devengan más guays, intentando venderte la moto para evitar el castigo, argumentando que ya aprendieron. A veces es tan sencillo como buscar si hay alguna intención de compensar el daño a los afectados. Si no la hay, es difícil creer que uno se arrepiente de lo hecho.

Quizá penséis que soy un monstruo porque os han sorbido el seso las hordas de niños guays. Bien, invocaremos a Bolzano.

NOTA: Dicho muy llanamente, Bolzano nos enseñó que, si estás en un país y después estás en otro, salvo teletransportación, habrás pasado por la frontera.

Así que, si creéis que los infantes son puros seres de luz pero estáis convencidos de que existen adultos guays, ¿cuándo se produjo la transición? ¿Justo el día en que cumplen dieciocho años?

Convendréis conmigo, por tanto, en que lo más probable es que se trate de un proceso gradual y en el que tenemos la capacidad (y la responsabilidad) de intervenir, para que no se incremente el número de guays y atajar esta plaga que nos invade.

Los hermanos guays

Si me preguntas: ¿Con hermanos o sin hermanos? Te diría que con hermanos, sin dudar. Aunque no debemos olvidar que los malvados del mundo habrán sido hermanos de alguien y, ser hermano de según quién, no parece una infancia muy deseable. Pero, para la mayoría de nosotros, los que estamos no-demasiado-locos (lo que denominamos "cuerdos") creo que lo recomendaría.

Eso no quita para que no haya comportamientos guays entre hermanos que aquí serán señalados y condenados sin piedad.

Por ejemplo, nunca aceptes una prenda de ropa prestada de tu hermano, jamás, ni aunque te la ofrezcan… *teme a los griegos hasta cuando traen regalos,* salvo que no te importe oír dos años más tarde:

- Oye, ¿tú no anduviste una vez a menos de un metro de mi armario lo que me da derecho a preguntar por cualquier cosa cuyo estado de conservación me parezca un grado menos que óptimo, con la intención implícita de culparte de ello e intentar que seas tú quien reponga la pieza a ese óptimo estado en el que quizás jamás estuvo?

Aunque no suelen formular así la pregunta, esa es la idea.

O bien esto otro:

- ¿No os apetece que pidamos de regalo por Navidad, de parte de todos, esta cosa que sólo me importa a mí y en absoluto a vosotros? ¿De verdad que no os apetece?

Guay en estado puro: "yo, mí, me, conmigo".

Cuando la diferencia de edad es grande, hay muchas posibilidades de ser guay por ambas partes. Es lo normal es que se cuiden y se ayuden… pero eso es una cosa y otra es que tu hermano pequeño sea un mando a distancia, o que tu hermano mayor no pueda tener un momento íntimo con su pareja porque andas tú zascandileando por ahí.

De todas formas, la relación de iguales que se da normalmente entre los hermanos, primos y amigos es un entorno estupendo, y a una edad estupenda, para que nos pongan en nuestro sitio cuando nos sale la vena guay.

El profesor guay

Fíjate, hay treinta personas escuchando lo que dices. ¡Vaya, debes ser un tío super interesante!

Bueno, quizá tenga que ver con que la ley les OBLIGA a sentarse delante de ti y escuchar tus mierdas. Les obliga a aprendérselas tal y como a ti te dé la gana y a aprobar un examen para poder pasar de curso y perderte de vista.

Y no, un profe no es necesariamente más listo que un alumno, simplemente lleva más tiempo en este puñetero mundo y ha tenido la ocasión de aprender algunas cosas. Será más listo que unos y menos que otros, como el fontanero, como el carnicero.

Ese profe guay que te desmonta a medias tus ideas (con falacias a veces) pero no te ayuda a reconstruir o a pensar con claridad. Vamos, que sólo te vacila y se hace el listo.

Ese profe guay que pretende que no hay nada más elevado e interesante que su materia y, consecuentemente, te entierra en deberes, trabajos, exámenes…

Ese profe guay que nunca fue joven (o no se acuerda). Claro que sí, hombre, claro que sí: Cuando tú eras joven andábamos todos de la biblioteca a la ópera y luego a casa.

No molas tío, no molas.

Tus alumnos te sonríen, te toleran porque no les queda otra. Eres un guay, uno de tantos, que se mira el ombligo sin pestañear… pero allí no hay más que pelusa.

Querido lector, cuando ejerces ciertas profesiones (por ejemplo, profesor o médico) hay que estar muy vigilante porque conllevan un alto riesgo de volverte *gilipollas.* Típicamente, actividades donde tienes una gran autoridad o influencia sobre otros, donde tu conocimiento sobre el asunto del que se trata es apabullantemente mayor que el de las personas que atiendes.

Por esto aconsejo mucho que se complementen con otras actividades donde seas un principiante. Apúntate a bailar, malabarismo, cerámica o cualquier cosa donde te sientas en esa misma situación vulnerable del principiante, el alumno o el paciente, y nunca te olvides del cariño y cuidado que necesitamos cuando estamos allí.

Los guays en el supermercado

- Oiga, usted se ha colado.
- Es que sólo llevo esta barra de pan.
- Si no le pregunto qué lleva, le digo que se ha COLADO.

Un guay no espera colas, claro.